

jesuitas entre los indios bárbaros fueron casi del todo inútiles. Como se creía que la dureza y el mal ejemplo de los españoles eran la causa de este mal éxito, ocho de los misioneros intentaron fundar una reducción lejos de todos los europeos en medio de los salvajes. Con todo, en febrero de 1571 todos ellos fueron asesinados, por lo cual se abandonó el estéril campo de evangelización de la Florida (1). En lugar de esta misión erigieron los jesuitas en 1571 una Provincia de su Orden en Méjico (2).

En Nueva Granada el dominico San Luis Bertrán predicó a los indios el Evangelio desde 1562 hasta 1569 con extraordinario buen suceso (3). También él se vió muy impedido en sus fructuosos trabajos por el mal ejemplo de los blancos y su crueldad con los indígenas. Pero supo granjearse estimación y crédito, principalmente por una austeridad de vida apenas creíble. Provisto solamente de la Sagrada Escritura y su breviario, con los pies descalzos y sin provisiones de boca, a veces hasta sin compañeros, que le dejaban, hacía sus larguísimos viajes de misión por bosques intransitables o bajo un sol abrasador, y aumentaba todavía las privaciones de esta vida apenas soportable con voluntarios ayunos y duras penitencias. Creíase generalmente que poseía el don de hacer milagros; dícese haber ganado para la Iglesia más de veinte mil indios, dejándolos bien instruidos en la fe cristiana.

Una exacta exposición de los trabajos y felices éxitos de este gran misionero se hace imposible por la misma dificultad que sale al paso con mucha frecuencia al historiador de la propagación de

que la Florida estaba unida a la China, o se hallaba separada de ella sólo por un brazo de mar. Una carta de Avilés, de 6 de agosto de 1568, loco cit., IV, 697; otra dirigida a él, de 7 de marzo de 1568, *ibid.*, 577. Sobre Menéndez cf. Daenell, 47 s.

(1) Astrain, II, 284-298.

(2) *Ibid.*, 298-303.

(3) Escribió la vida de San Luis Bertrán, en parte por lo que sabía de él a causa de haberlo tratado personalmente, el dominico Vicente Justiniano Antist, en 1581, y sobre la base de las actas de su canonización el dominico Bartolomé Aviñones en 1623, y estas dos vidas se hallan impresas en *Acta Sanct.*, Oct., V, 292 ss., 366 ss. Una moderna biografía ha compuesto Bertrand Wilberforce (Londres, 1882), la cual ha sido traducida al alemán por M. v. Widek, Graz, 1888. San Luis Bertrán († 1581) fué canonizado el 12 de abril de 1671.—Sobre las misiones emprendidas en igual tiempo por los franciscanos en Nueva Granada cf. Marcellino da Civezza, loco cit., 27. En la isla de la Trinidad procuraron establecerse los franciscanos en 1571; *ibid.*, 36.

la fe. Mientras San Ignacio de Loyola imponía a los suyos la obligación de enviar regularmente relaciones de sus ministerios apostólicos, porque veía en esto un medio para estimular y aumentar el rendimiento de trabajo (1), otras Ordenes hacen, por desgracia, lo contrario. De San Luis Bertrán refiere su más antiguo biógrafo (2), que había alabado mucho el celo de los jesuitas en este respecto y vituperado la negligencia de sus propios hermanos de religión; pero a pesar de esto no quiso imitar el ejemplo de los jesuitas, y daba respuestas evasivas, cuando se le preguntaba acerca de sus trabajos y ministerios con los indios. De esta suerte no tenemos de él ni una sola carta del tiempo de su apostolado en las misiones.

En Africa parecía, en tiempo de Pío V, haberse desvanecido toda probabilidad de seguir subsistiendo la misión de Abisinia, emprendida con tantas esperanzas. El patriarca Núñez Barreto había ya muerto en Goa en 1562 sin haber puesto nunca los pies en su diócesis. Al que hasta entonces había sido coadjutor suyo, el P. Oviedo, cuya presencia en Abisinia utilizó Pío IV en 1561 para invitar al concilio de Trento al negus Minas (3), pensó Pío V poderlo emplear mejor en el Japón. Oviedo rogó, sin embargo, que se le dejase permanecer entre los pocos católicos de Abisinia (4). Al segundo coadjutor del patriarca Barreto dió Pío V asimismo la orden de ir al Japón y a la China (5), pero no llegó allá, sino murió en Macao en 1595 (6). Los demás conatos de los jesuitas para penetrar en Africa en 1560, tampoco tuvieron buen éxito, tanto en la costa occidental, en Angola, como en la oriental entre los

(1) Constitutiones, P. VIII, c. 1, n. 9 (*Instit. S. J.*, II, Florent., 1893, 115, 117).

(2) Utque laudabat ille plurimum diligentiam patrum Iesuitarum, qui memoriae prodiderunt labores, quos sui subierunt in Japonia, China, aliisque oris, in quibus Evangelium praedicaunt, ita improbat negligentiam nostrorum, qui cum sui in Indiis occidentalibus et orientalibus, Taprobana multisque aliis in regnis tantopere laboraverint hactenus a Pontificatu Alexandri VI, ac in multis oris Guineae iam inde a tempore Innocentii VIII..., vix ullus reperiatur fuerit, qui curaverit litteris consignare afflictiones ac martyrismum nostrorum patrum. Antist, Vita, n. 81: *Acta Sanct.*, V, 324; cf. n. 62, p. 320.

(3) Breve de 20 de agosto de 1561, en Beccari, X, 125; una carta adjunta de 23 de agosto, *ibid.*, 130.

(4) Breve a Oviedo de 2 de febrero de 1566 (traducción portuguesa), *ibid.*, V, 424; respuesta de Oviedo, de 15 de junio de 1567, *ibid.*, X, 215 s.

(5) Breve a Melchor Carnero, de 3 de febrero de 1566, *ibid.*, 187.

(6) *Ibid.*, 331, nota 1.

negros del sur del Zambeza (1). En tiempo de Pío V tales intentos no se renovaron. Para la protección de la misión de Abisinia procuró el Papa obtener una intervención armada de Portugal contra los turcos, cuya escuadra del Mar Rojo molestaba al país (2).

Más consoladoras noticias recibía el Papa de las Indias Orientales. Supo por el rey don Sebastián, que los franciscanos, dominicos y jesuitas anunciaban allí el Evangelio a los indios con perseverancia y buen suceso (3). Todos los alrededores de Goa poco a poco se habían hecho cristianos; en 1560, sólo los jesuitas contaron 12967 bautismos (4). Entre los obispos señalóse sobre todo el de Cochín, el dominico Enrique Tavera, por su celo de la instrucción y la conversión de los indígenas; Pío V le alabó por ello en un breve especial (5). También el sacerdote indígena Andrés Vaz, hijo de un bracmán, trabajó con gran éxito entre sus compatriotas (6). Los virreyes Constantino de Braganza y Antonio de Noroña apoyaron con todas sus fuerzas a los misioneros (7). El concilio reunido en Goa en 1567 para promulgar los decretos tridentinos ordenó también las misiones entre los indios (8). Al arzobispo de Goa, Gaspar de León Pereira, que celebró este concilio, había dirigido el Papa en 7 de octubre de 1567 un breve alentador, en el cual le disuadía el plan de dejar la carga de la dignidad arzobispal, y le daba plenos poderes para dispensar a los neófitos de los impedimentos matrimoniales de índole puramente canónica. Mas con todo eso León renunció después del concilio (9). Para las regio-

(1) L. Kilger, *La primera misión entre las tribus bantus del Africa oriental*, Münster, 1917. Para Angola (1560) cf. Sacchini, P. II, l. 4, n. 203; para la expedición al Zambeza *ibid.*, n. 210 ss., l. 5, n. 219 ss., l. 6, n. 158. No carece de interés lo que refiere Sacchini (l. 4, n. 224) de los ríos principales de Africa. Dice que el Nilo Blanco procede de un lago, y que el Congo (Zaires) primero corre hacia el norte y luego tuerce hacia el oeste.

(2) Breves al rey don Sebastián y al cardenal Enrique, ambos de 17 de diciembre de 1569, en Laderchi, 1569, n. 337 s.

(3) Breve al arzobispo de Goa, de 1.º de enero de 1570, *ibid.*, 1570, n. 429.

(4) Müllbauer, 82. Sacchini, P. II, l. 4, n. 255.

(5) de 7 de enero de 1570, en Laderchi, 1570, n. 430.

(6) Müllbauer, 81.

(7) *Ibid.*, 79, 86.

(8) Cf. *Bullarium Patronatus Portugalliae in ecclesiis Africae, Asiae atque Oceaniae curante Levi Maria Jordão de Paiva Manso*, Lisboa, 1868 ss., App., I; Sacchini, P. III, l. 3, n. 225.

(9) Laderchi, 1567, n. 247.

nes en que era muy difícil hallar un obispo, recibieron los jesuitas en diciembre de 1567 las mismas facultades de dispensa, y con ocasión de ellas se tributó un brillante elogio a la labor de dichos religiosos en las misiones (1). El cristianismo hacía también satisfactorios progresos en el Japón, como se manifestó en tiempo de los sucesores de Pío V (2).

Como lo demuestran los documentos hasta ahora mencionados, Pío V consagró a las misiones una actividad incomparablemente más viva que sus inmediatos predecesores. Al paso que Paulo IV y Pío IV apenas dirigieron un breve para alentar e instruir a los misioneros, o a los reyes y obispos en favor de los mismos, su sucesor apenas dejó pasar en este respecto ocasión ninguna sin aprovecharla. Demás de eso, esforzóse Pío V por poner las misiones en una relación con la Santa Sede más inmediata y más libre de la influencia de los soberanos temporales. Al principio pensó en mandar a las Indias a una persona apropiada, que no dependiese sino de la Santa Sede y pudiese intervenir en los asuntos con la autoridad de nuncio (3). Pero este plan fué abandonado, pues Felipe II no deseaba un nuncio para ultramar (4). En cambio llegó a realizarse otro muy feliz proyecto: a fines de julio de 1568 el Papa instituyó dos Congregaciones de cardenales para la promoción y más amplia propagación de la fe; la una debía considerar como campo de su celo los países de herejes, y la otra las

(1) *Cum gratiarum omnium largitor Altissimus vestris cordibus tantum honoris sui amorem tantumque salutis animarum studii impresserit, ut ex Societate vestra plurimi propagandae religionis christianae et homines gentiles idolorumque cultores ad sui Creatoris ac Salvatoris cognitionem adducendi cupiditate flagrantes, non itinerum, non navigationum laboribus aut periculis territi ex his Europae partibus in Aethiopiam, Persidem, Indiam, usque ad Moluccas et Japoniam ac alias Orientis insulas et regiones alias a nobis remotissimas et in extremo orbe terrarum positas adire non dubitent, etc.* (Litterae apost., quibus institutio, confirmatio et varia privilegia continentur Societatis Iesu, Romae, 1606, 13).

(2) Sobre esto se tratará más en particular en el tomo siguiente de esta obra.

(3) Bonelli a Castagna en 21 de abril de 1568, *Corresp. dipl.*, II, 350 ss.

(4) Castagna a Bonelli en 11 de junio de 1568, *ibid.*, 390, cf. 392. En 1.º de octubre de 1568 refiere Castagna a Bonelli, que el rey había mandado deliberar sobre cómo se podría poner coto a las crueldades con los indios, si se habría de designar un virrey hereditario, y nombrar (de nuevo) un patriarca para las Indias. Sobre este último punto se dió dictamen negativo, pues el patriarca podría ser tentado de alzarse contra el rey y la Iglesia romana. *Ibid.*, 472.

regiones de ultramar y las misiones (1); deben por tanto su origen a Pío V los principios de la Congregación de Propaganda, que más tarde trabajó con resultados tan extraordinariamente beneficiosos. San Francisco de Borja fué quien en una audiencia de 20 de mayo de 1568 indicó el primero la idea de la Congregación para la conversión de los infieles (2). Como sus primeros miembros nombró el Papa a los cuatro cardenales Mula, Crivelli, Sirleto y Carafa; algunos de los breves pontificios arriba mencionados procederán de su actividad.

Es muy digno de atención, que en estos breves se insiste siempre de nuevo en que los misioneros se apliquen a instruir a los recién convertidos del modo más sólido posible. Hasta entonces se habían contentado muchas veces con misioneros ambulantes. Los pocos mensajeros de la fe, que se veían, verbigracia, en la América del Sur, ante un mar de pueblos infieles, se esforzaban muchas veces en enseñar a los más individuos posibles sólo las doctrinas más indispensables del cristianismo; así se habla con frecuencia de millares y decenas de millares de bautismos; pero si se prescinde de excepciones, como en Méjico, apenas se oye hablar de verdaderas comunidades cristianas puestas bajo la custodia de curas estables. A esto se añadía que algunos de los misioneros consideraban con fervor ardiente su labor apostólica demasadamente desde el punto de vista de su propia santificación. Según las máximas del Evangelio, no hay obra más excelente de amor de Dios y del prójimo, que el cuidado de la salud de las almas, especialmente si se ejercita con tan heroicos sacrificios personales. Para almas dotadas de magnanimidad había ahora el peligro de mirar las misiones principalmente como una ocasión de extraordinarios sacrificios y padecimientos y del martirio, que es la mayor prueba del amor de Dios; la actividad llena de sacrificios de un misionero ambulante tenía para ellos más fuerza de atracción que el modesto trabajo de un párroco estable en una pequeña comunidad de neófitos. Se han de tener presentes estas circunstancias, si se quiere apreciar debidamente las excitaciones de Pío V a un trabajo lo más sólido posible.

(1) Canisii Epist., VI, 581 ss. Borja a Nadal en 2 de agosto de 1568, Nadal, III, 625. Sacchini, P. III, l. 4, n. 129, de donde tomó la noticia Laderchi, 1568, n. 206.

(2) Testimonio de Polanco, que estaba presente en la audiencia. Nadal, III, 626, nota; cf. Sacchini, loco cit.

Fué de grande importancia para lo futuro el que aquella Orden entre las nuevamente fundadas, que desde el principio tomó como una de sus incumbencias la propagación de la fe en el mundo pagano, se acomodase enteramente a las máximas de Pío V. Las instrucciones de San Francisco de Borja a los suyos están redactadas de todo en todo en este sentido. «Donde quiera que los nuestros fueren, escribía en marzo de 1567 (1), sea su primer cuidado de los ya hechos cristianos, usando diligencia en conservarlos y ayudarlos en sus almas, y después atenderán a la conversión de los demás que no están bautizados, procediendo con prudencia, y no abrazando más de lo que pueden apretar; y así no tengan por cosa expediente discurrir de una en otras partes para convertir gentes, con las cuales después no puedan tener cuenta; antes vayan ganando poco a poco, y fortificando lo ganado; que la intención de Su Santidad, como a nosotros lo ha dicho, es que no se bauticen más de los que se puedan sostener en la fe.» (2) «No se pongan fácilmente en peligro notable de la vida entre gente no conquistada; porque, aunque sea provechoso para ellos el morir en esta demanda del divino servicio muy presto, no sería útil para el bien común, por la mucha falta que hay de obreros para aquella viña, y la dificultad que tendría la Compañía en enviar a otros en su lugar.» La misma amonestación de que primero conserven lo ya ganado, y sólo después pasen adelante, la dirige Borja al visitador de las Indias, alegando de nuevo la autoridad de Pío V. «Esta es la mente del Papa, al cual no parece se hagan cristianos los que no se pueden conservar, y aconseja fortificar lo ganado y después pasar adelante.» (3)

La perspicacia que se muestra en estas ordenaciones para el bien de los infieles, la acreditó no menos el gran Pontífice en sus relaciones con los pueblos del más cercano Oriente. Sabía cuán hondas raíces había echado allí la adhesión a aquellas formas del culto que desde tiempo inmemorial eran tenidas como una sagrada

(1) al P. Ruiz del Portillo y sus compañeros, S. Franciscus Borgia, IV, 420.

(2) La intención de S. S., como a nosotros lo ha dicho, es que no se bapticen más de los que se puedan sostener en la fe. Ibid.

(3) Y esta es la mente del Papa, al qual no parece se hagan xpianos los que no se pueden conservar, y aconseja fortificar lo ganado, y después pasar adelante. Indiarum inspectori en 10 de enero de 1567, S. Franciscus Borgia, IV, 386.

herencia de los siglos pasados, y que nada podría impedir tanto su unión con Roma, como la sospecha de que los Papas pretendían suprimir aquellos ritos. Por eso Pío V prohibió expresamente lo que en casos particulares habían permitido algunos de sus predecesores, los legados pontificios o el penitenciario mayor, es a saber, que los sacerdotes griegos celebrasen la misa conforme al rito latino, o los latinos conforme al uso griego (1), pues esto era contra las antiguas disposiciones de la Iglesia católica y contra las ordenaciones de los Santos Padres (2). De su amor a los pueblos eslavos da testimonio el haber encargado que se enviasen doce jóvenes de origen ilírico, para estudiar en Roma, a fin de que se formasen allí para ser sacerdotes (3).

(1) *ne deinceps presbyteri graeci, praecipue uxorati, latino more, vel latini graeco ritu... missas et alia divina officia celebrare vel celebrari facere praesumant.* Breve de 20 de agosto de 1566, Bull. Rom., VII, 473, *Collectio Lacensis*, II, 450.

(2) *hoc ab antiquo catholicae Ecclesiae instituto et SS. Patrum decretis deviare considerantes* (*Collect. Lac.*, loco cit.). Cf. S. Gregorio el Grande a San Agustín (Ep. 64, n. 3, Migne, Patr. lat., LXXVII, 1187 = can. 10, dist. 12); León IX al patriarca Miguel (Ep. 100, n. 29, *ibid.*, CXLIII, 764).

(3). * *Avviso di Roma de 14 de junio de 1567, Urb.*, 1040, p. 406b, *Biblioteca Vatic.*

IX. Pío V paladín de la cristiandad contra el islam. La Liga Santa y la victoria naval de Lepanto. La muerte del Papa.

I

De nada se había retraído tanto Pío V como de tomar las armas; notable disposición de la Providencia, que precisamente él estuviese destinado a tenerse que ocupar con mucha frecuencia en negocios bélicos. En primer lugar le forzaron a ello las turbulencias de los Estados de la Iglesia, luego la opresión de los católicos franceses por los hugonotes, y finalmente el peligro que amenazaba por parte de los turcos. El alejarlo fué para Pío V durante todo su pontificado objeto principal de sus afanes y desvelos. Desde el principio se dejó guiar en ello por la idea justa de que no se podían alcanzar resultados decisivos por acometimientos de potencias aisladas, sino sólo por la unión de ellas en una liga.

Luego al comienzo de su reinado escribió Pío V en este sentido a Felipe II; también con el embajador imperial habló ya entonces de su intento de formar una alianza de los príncipes cristianos contra los turcos (1). La opinión de que el poderío otomano sólo se podía quebrantar por medio de una cruzada común, compartíala también el gran maestro de los sanjuanistas, La Valette, que en tiempo de Pío IV había defendido tan heroicamente la isla de Malta (2). Pío V tomó desde luego a pechos el asegurar este tan importante y estratégico puesto avanzado del

(1) V. Herre, *Política europea*, I, 36; Schwarz, *Correspondencia*, 38.

(2) V. nuestros datos del vol. XVI, 306. Cf. Jurien de la Gravière, *La guerre de Chypre et la bataille de Lépante*, París, 1888, 4.